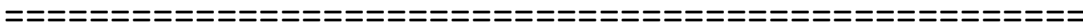




NOTA DEL AUTOR:

En mi lejana niñez me impresionó sobremanera la lectura del libro CORAZÓN, de Edmundo de Amicis. Su capítulo titulado: "Octubre 17, mi primer día de escuela", inspiróme las dulces y tiernas evocaciones que hoy relato sobre lo que fuera el mío en la Escuela Naval de Colombia, de esto hace ya más de medio siglo.

Gabriel Azevedo Uribe, alias Crispín.



Jamás de los jamases pudo imaginar Crispín, allá en su tranquila vida civil, lejos de la milicia y del mar, rodeado del cariño de los suyos y del aprecio de sus compañeros de colegio, lo que sería su vida en la Escuela Naval Militar. Cuando le comunicaron que había sido aprobado su ingreso al nuevo contingente de aspirantes a oficiales, se fue de rumba para celebrar tan grata noticia.

Días después cruzaba, con un centenar de reclutas más, la puerta de guardia de la escuela. ¡Qué feliz venía! En su rostro se reflejaba una inmensa satisfacción y cuántas ilusiones giraban dentro de su melenuda cabeza. Adiós por fin al estudio, a los regaños de papá y a las molestas discusiones con las hermanitas. ¡Ah! Aquí todo sería distinto: No más profesores atiborrándolo de cálculo y trigonometría, ni más castigos por dormir en clase. Ya bien podía despedirse de la funesta libreta de calificaciones, que tantos sinsabores le había hecho pasar en casa.

Sus eufóricas meditaciones fueron interrumpidas de súbito por la mirada hipnótica que le dirigió un Guardiamarina. Tal fue su impresión al sentirla, que se quedó boquiabierto contemplando la facha de aquel tremebundo lobo de mar. Éste, apenas se hubo aproximado lo suficiente como para derribar con su aliento a un fornido hipopótamo, lanzó un escupitajo que habría hecho rabiar de envidia al más pirata de los piratas, y... como si sus palabras fueran impulsadas por un huracán, comenzó a mascullar: "*«Acaso no sabe el recluta que aquí no tiene derecho a pensar?. ¡Silencio! Traduzco: Hinche esa tabla que tiene debajo de la camisa, úna los talones ¡Ajá! ¿Con que le gusta enseñar los colmillos? Pues le aconsejo por su bien que se deje de risas y me preste más atención»*". En honor a la verdad, podemos decir que el aspirante a cadete permanecía más serio que un aristócrata inglés asistiendo al funeral de sus padres. "*Pero, ¿qué me mira? Acaso me acosté con*

su novia? Tiéndase!" El guardiamarina quien era nada menos que un cadete de cuarto año de escuela, concluyó explicándole al muchacho: "*Tenderse es pegar el esqueleto contra la madre tierra*". Crispín rápidamente ejecutó el movimiento. Éste le obligó a repetirlo diez veces más, y luego, con marcado desprecio, le ordenó que se perdiera de vista.

Pasó la mañana dedicado a recibir su nuevo vestuario, útiles de aseo personal y muchos libros de estudio, en los cuales alcanzó a contemplar, con cierta desazón, que todos estaban en abierta contraposición con la historia y la geografía. Reflexionó en voz alta: "¡Qué bárbaros! Y pensar que me dijeron que aquí nadie estudiaba: Sólo mar, mujeres y puertos!".

No acababa de pronunciar estas palabras cuando una voz cavernosa le ordenó correr hacia un mástil enclavado en el centro de La Plaza de Armas, darle la vuelta a éste y regresar a presentarse de inmediato. Mientras corría, contempló a un grupo de reclutas que danzaba bajo la férula de Numa Pompilio, un oficial de infantería de marina; el cual, bramando como un energúmeno, les exigía que sostuvieran más garbosamente el fusil en alto.

Cuando regresó al lado del cadete, éste le echó un vistazo a su cronómetro y refunfuñó: "¡Quinientos metros en un minuto! Tendré que llevar a esta tortuga a que le quiten la caparazón en la barbería". Y sin pensarlo dos veces le condujo al lugar mencionado.

Allí lo saludó un individuo al parecer hermano de leche de Frankenstein. El sujeto en cuestión lo contempló fascinado. Con suavidad, mientras acariciaba con manifiesto deleite unas inmensas tijeras, fue acercando al desdichado Crispín hasta sentarlo en la silla. Franky, pues por trágica coincidencia se llamaba Franky, le fue

esponjando con mano diestra la larga y bien cuidada cabellera. De improviso se lanzó al abordaje sobre el aterrado muchacho y en un dos por tres se desencadenó la hecatombe: La mano del monstruo conectó una podadera descomunal y continuó al ritmo de rock 'n roll, su siniestra tarea. A intervalos, mientras le desnudaba el cráneo, susurraba: "*Con tal que deje propina...*".

Tres minutos después el aspirante a caballero del mar descendió de la silla, mientras que Franky, sonriendo mientras lo miraba fijamente con su ojo de vidrio, le decía con voz meliflua: "Juro que no le he quitado un pelo de encima!" Luego comentó, como si aquello no tuviera importancia: "*Me perdona que no lo trabaje más, pero acaba de sonar el pito que ordena suspender las tareas; en todo caso tendré mucho gusto en arreglarle la otra mitad...la semana entrante*". El joven le entregó unos cuantos billetes que velozmente desaparecieron en el bolso de aquel genuino descendiente de Atila, quien bien podía exclamar: "Por donde yo paso la maquinilla, no vuelve a brotar el pelo." Crispín rehusó cortésmente la invitación a mirarse en el espejo, presintiendo que si no lo mataba la vergüenza, lo consumiría la pena moral.

Al medio día los reclutas pasaron al comedor. Allí fueron distribuidos en las mesas presididas por los cadetes mas antiguos. Era conmovedor observar cómo se evaporaban los alimentos en las mandíbulas de aquellos saurios, mientras los reclutas esperaban autorización para servirse. Cuando Crispín recibió el permiso, comenzó a llenar su plato con manifiesto entusiasmo; pero la torva mirada que le lanzó un Brigadier le hizo cambiar de opinión. Contrito, devolvió a la bandeja la mayor parte de lo servido. Tomó su cuchara para comenzar, pero...bah! El Oficial de Guardia en ese preciso instante ordenó la conclusión del almuerzo. Todos continuaron sentados a la espera de la orden de salir del comedor. Los antiguos, mofándose de su aspecto, lo obligaron a pararse en

una silla para que les cantara "*El hombre marinero no se puede casar, porque al salir el barco lo pueden engañar.*" Crispín tomó aire ...y su voz se perdió en medio de la algarabía emitida por el resto de los reclutas, quienes también estaban cumpliendo la misma consigna.

Al concluir el bullicio, los cadetes, divertidos con la desafinada voz de Crispín, decidieron que el químico del grupo le preparara un coctel para celebrar su actuación. El experto tomó un jarrón y con la ayuda de sus compañeros fue depositando en éste: leche, aceite, salsa picante, arroz, cebolla, tabaco, seis cucharadas de bálsamo para la tos y medio frasco de mayonesa. Aderezó por último la infernal emulsión con un ingrediente secreto que sacó del bolsillo. Después, como quien preside la cena de un condenado a muerte, le entregó el brebaje diciendo: "Hijo mío, brinda por la salud de todos nosotros y por la memoria de Sócrates, quien tan solo bebió un vaso de cicuta".

Crispín esbozó algo así como una sonrisa; tomó con mano trémula el jarrón y después de tartamudear su improvisado brindis, empezó a apurar el contenido. Los antiguos contemplaban extasiados el espectáculo: Parecía que al recluta se le estuvieran saltando los ojos de las órbitas y que sus dientes zapatearan en el cristal de la jarra una melodía satánica. Eran de oírse los epilépticos ayes del desventurado cuando se le hinchó la nariz, debido a un humo verdense que brotando del jarrón, lo envolvió ante las beatíficas miradas de los concurrentes. Resueltamente se detuvo para dejar a un lado el coctel, pero un explosivo ademán del Comandante de Mesa lo impulsó a tomar la jarra con renovados bríos, mientras que un estertoroso glub-glub se escapaba de su garganta. El aspecto del primíparo al concluir con la poción, desencadenó ráfagas de aplausos. Crispín hizo una débil venia para agradecer tan sincero tributo y... se desplomó!

Media hora después de escuchar el sermón que le propinó el Oficial Médico de Sanidad por haber requerido tan prematuramente sus servicios, salió el atribulado recluta de la enfermería. "*La enfermedad es algo que riñe con los principios de un cadete naval*" habíale dicho.— Al mal tiempo, buena cara, se dijo Crispín para serenarse.

En la sección a que lo destinaron, conoció a Veneno, su brigadier. Este era un espécimen como pocos: A ciencia cierta, la cabeza de tan soberbio devorador de reclutas habría hecho las delicias de cualquier craneólogo. Efectivamente, el mentón le formaba con el pecho un ángulo de cinco grados, los labios abultados enmarcaban una hoquedad de la cual pendían agudas estalactitas y estalagmitas. Como remate de tan excelsa fachada se elevaba lo que usualmente el diccionario define como cabello, pero que en él, más bien semejaban mechones de crin de cebra. La nariz la tenía camuflada entre las mejillas y solo la entresacaba cuando le dirigía a los aterrados reclutas sus horripilantes fauces de cocodrilo. Era un verdadero caníbal, en toda la extensión del vocablo.

Crispín y sus compañeros pasaron la tarde marchando en la plazoleta, dándole vueltas al mástil, y haciendo enérgicos giros de diestra a siniestra. Ya estaba próxima la caída del sol, cuando el sudoroso contingente de aprendices fue conducido en traje de baño hasta la playa, para recibir allí su iniciación marina. Según les explicaron sus superiores, se veían en la penosa necesidad de purificarlos. Para tal efecto, los cadetes antiguos formaron un largo callejón que desembocaba en el océano. Crispín y sus compañeros se vieron forzados a atravesarlo en medio de una frenética lluvia de arena, patadas y puñetazos. Al final fueron recibidos por las no menos furibundas olas marinas.

Cumplida esta parte del ceremonial y luego de permitirles ingerir unos cuantos galones de verde mar, los fueron rescatando uno a uno y depositándolos sobre el embarcadero. Se dió comienzo entonces a un extraño rito: Por orden jerárquico cada antiguo agarró a su correspondiente recluta y lo fue arrastrando unos veinte pasos. El cadete que tomó a Crispín, tuvo un gesto más creativo. En vez de arrastrarlo, le permitió caminar con él hasta una palmera distante. Después le ordenó colocarse en cuatro patas para que, empujando una almeja con la nariz, desandara el trayecto.

Minutos más tarde los sometieron a la segunda prueba de inmersión. Nuestro héroe fue extraído de las profundidades cuando el Comandante Veneno, tras un intenso esfuerzo mental, opinó que el sumergir por más de tres minutos a un vil recluta que aún no había aprendido a nadar, quizás no fuera recomendable. Los ejercicios de respiración artificial dejáronlo hecho ripio. Sin embargo tuvo suficiente coraje para regresar trotando a la escuela. A su lado marchaba Veneno. Mientras lo observaba cautelosamente, comprendió cuánta similitud guarda el carácter de algunas personas con el de los mulos.

Finalizada la cena, -si así podía llamarse la frugal ración que le correspondió consumir-, le fue permitido subir al salón de descanso. Se arrellanó en un sofá y comenzó a hacerse reflexiones del siguiente tenor: "Hay más paz en los mismísimos infiernos que...". " Si ya me hubieran entregado la bayoneta...pero no!. El día en que me entreguen la munición voy a estrenar el fusil con...". Más un grito que partió de Veneno, que en esos precisos instantes hacía su aparición, lo sacó de tan deliciosas ensoñaciones. Tuvo que echarle mano a una escoba y comenzar a barrer el inmenso salón. Mientras barría, se acordaba que para la mañana siguiente tendría que presentarle a un cadete un pañuelo

conteniendo quince botones cosidos en forma de ancla, alinear para otro una docena de cangrejos y entregarle a un tercero con dotes de dibujante, un cuaderno adornado con viñetas marineras y en el cual estuviera escrita mil veces la siguiente frase: Nunca, pero nunca olvidaré, que mi correcto Guardiamarina se llama Holdan Delgado Villamil".

Al cabo de una hora concluyó su labor de limpieza. Desolado, se fue entonces hacia los lados del muelle decidido a capturar los cangrejos. No tuvo tiempo. Casi de inmediato sonó el pito y tuvo que correr a formar en la Plaza de Armas. Eran ya las diez de la noche. El Brigadier Mayor de Batallón, empezó a llamar a los antiguos que debían presentarse a cumplir diversos castigos como permanecer encaramado en la cofa, calabozo, o plantón con remos. Entre la multitud que dió un paso al frente Crispín logró reconocer a tres que lo habían fastidiado. Uno de ellos era el caníbal que le exigió la costura. Este hecho, al parecer tan simple, le bastó para llenarlo de regocijo y sentirse reconfortado.

A continuación el Oficial de Servicio con voz estentórea los exhortó para que mantuvieran en condiciones inmejorables el planetario, las aulas, los jardines (que en el curioso lenguaje de la Armada son lo mismo que las letrinas), los calabozos y muy especialmente: el rancho (vulgarmente denominado dormitorio por los civiles). Cuando concluyó, medio batallón dormía en posición firmes. Semejante descortesía le causó la peor impresión y tuvo que endilgarles un nuevo discurso. Tal artillería puso en sus palabras, tanta dinamita destiló su verbo que, - para mantenerse a la altura de su fogosa arenga y reducir la monotonía de su noche de guardia-, les encajó una hora de trote y galope, mediante la clásica orden que fusiona a la hípica con el arte naval: ¡Carrera mar!.

Pasadas las once les ordenó salir disparados hacia el dormitorio. Llegaron jadeantes, a colocarse, rígidos, frente a sus respectivos catres. Entre tanto, los brigadieres y unos cuantos individuos que semejaban ser prófugos de Sing Sing, pero que en la endiablada jerga naval son llamados Alféreces y Pilotines, se aprestaban a iniciar "el baile" con cinturones, toallas mojadas y retorcidas, zuecos y demás elementos contundentes.

El Brigadier Mayor, quien fungía como maestro de ceremonias, le pasó revista a cada uno de los cadetes con el objeto de capturar a los madrugadores. Es decir, a los que adelantándose a la orden de desnudarse, habían empezado a desabotonarse furtivamente la ropa. La inspección no fue muy fructuosa. Solo capturó a cinco incorregibles antiguos los cuales partieron ahí mismo a correr descalzos sobre el sendero plagado de agudas piedrecillas que rodeaba el alojamiento. Acto seguido procedió a explicarle a la más que fatigada audiencia: "*Oído a la caja: A la voz: Proceder! Ustedes empezarán a desvestirse. Yo contaré hasta diez y cuando diga: ¡Alto! Todos deberán estar acostados, la ropa perfectamente doblada sobre el butaco, los zuecos debajo de éste y los zapatos bien alineados. El que no pueda hacerlo así, bueno, ya veremos!*".

Brigadieres y Pilotines se ubicaron en los sitios más estratégicos para ejercer su acerado control sobre la sádica operación retardo. Cuando se escuchó el alarido: *!Proceder!* Crispín con relativa dificultad, logró despojarse de esa absurda camisa de fuerza inglesa, mejor dicho, de ese costal de harina con huecos llamado flano. Empezó entonces a quitarse los pantalones. Mientras tanto la odiosa voz se dejaba oír con un *ocho...nueve..diez!* y sin saber cómo ni cuándo, a la voz de *¡Alto!* se encontró con la pijama en la mano, formando cuadrilla en el umbral del alojamiento con unas cuantas docenas de compañeros.

Entre tanto los Pilotines se dedicaban afanosamente a la caza de los rezagados. Aquí y allá brotaban reclutas cariacontecidos. Unos venían con la camisa y un solo zapato puesto, otros totalmente desnudos. Parecían una legión de orates. Cuando el Brigadier Mayor ordenó: "*Avanzar por debajo de las ciento cincuenta camas de la primera fila, seguir luego por debajo de la segunda fila y así sucesivamente hasta atravesar las seis filas*", se dió inicio a un auténtico pandemónium. Por doquiera se escuchaban los gemidos y maldiciones, fruto de las toallas que, esgrimidas certeramente por los Pilotines, rechinaban sobre las posaderas de los más atrasados. En el ínterin, los infelices que gateaban a la vanguardia, presionados por los desesperados que les antecedían, se golpeaban contra los hierros de los bajísimos catres.

Crispín llegó con el último pelotón, después de recibir la feroz azotaina que le propinó un Calígula de la edad contemporánea. Envidioso, tuvo que ver cómo a los primeros que coronaron la meta - los sacrosantos piés de Veneno - les permitieron irse a la cama.

La diezmada cuadrilla de rezagados que más bien parecía un hospital ambulante, se convirtió por obra y gracia del Brigadier Mayor en un equipo de acróbatas chiflados. Aquí se contemplaba a un grupo de desventurados practicando saltos mortales y cómo caían de cabeza sobre el cemento. Allí los perseguidos a toallazo limpio, corrían desesperados cual liebres acorraladas. Más allá, en una sección especial se encontraba Crispín con las manos en el suelo y los pies en alto, sosteniendo a la vez un pedazo de jabón con los dientes. (Medida infalible, según Veneno, para disciplinar a los quejumbrosos.).

Por fin los enviaron a descansar, mientras sus consternados compañeros se santiguaban agradeciéndole al Divino Niño y a la

Virgen del Carmen que los habían salvado de un debut tan impresionante. Infortunadamente, un Alférez de Navío que revelaba aptitudes de jurista, se puso a considerar la situación de los sobrevivientes. No le pareció justa y le comunicó su opinión al Brigadier Mayor. A éste, más le refulgieron los ojos con las frases de su consejero, que al corsario Morgan cuando contempló por primera vez el tesoro de Portobelo. Escupiendo fuego, tronó: "*La justicia brilla para todo el mundo y aquí pesamos a los reclutas en la misma balanza*". En consecuencia, el grupo de salvados hizo también su *tour* por debajo de los camastros.

Era casi la una de la madrugada cuando los cadetes se encontraron en sus lechos contabilizando condecoraciones. Nuestro Crispín tenía las órdenes más apetecidas que pueda portar en los brazos, costillas, etc., etc., todo buen aspirante: Un ojo color arco iris, lengua jabonosa, nariz como una manzana madura, mano izquierda hecha una auténtica manivela, trasero inflamado y catorce o quince morados adornos de toalla, certeramente distribuidos sobre su osamenta. Sin embargo, la ceremonia aún no había finalizado. Los hicieron arrodillar sobre sus literas, cubrirse la cabeza con la sobresábana, abrir los brazos en cruz y repetir a grito herido la siguiente oración que pronunció el Brigadier Mayor:

"Oh Neptuno Dios de los mares, yo, recluta pecueco, sin voz ni voto sobre la tierra, os ofrezco estas letanías: Guardiamarina de Sección, ¡castígame! En infantería, revuélcame! Cuando lllore, pégame! Al calabozo, mándame! Al trote, llévame! Y sudando, ¡acuéstame!. Por falta de auténtico bautismo marino permíteme besar los pies de los beatos cadetes antiguos y en especial, los de mi santo patrono, mi Brigadier Mayor de Batallón. Así sea."

A la una en punto apagaron las luces, y la paz, la ansiada paz, llegó finalmente al corazón de Crispín. Ciertamente era que presentía

muchas horas amargas; que la guardia, la vida a bordo y demás gajes del oficio le eran desconocidos, más no le importaba. Por alguna oscura razón, se sentía feliz.

Ya podría venir lo que viniera, que él estaría alerta, al igual que un vigía, para prestar sus servicios como la Escuela y la Patria lo demandan. Aún más, estaba decidido a aprobar buenamente el año escolar y así obtener el permiso para pasar las vacaciones con su familia. Aquí nuestro amigo guiñó el ojo sano, como entreviendo un grato recuerdo y se fue quedando dormido.

Gabriel Azevedo Uribe

correo@gabrielazevedouribe.com